

la Madre del Amor Hermoso y el Refugio de los pecadores.

María, Madre de mi vida, vida de mi alma, acuérdate de mí, soy tu hijo aunque ingrato. Mira que vivo entre peligros y riesgos, y por eso muy expuesto á perderme. En ti sola he puesto toda mi confianza para vivir bien, morir santamente y salir con bien del juicio que se me espera por mis muchos y grandes pecados. María, Madre mía, dame tu bendición y toma mi corazón y llévame al cielo. Amén.

Un Padre nuestro, Tres Ave Marias para concluir, pidiendo á Dios la salvación del Capellán Lauro Jáuregui.



Mexicanos Ilustres.

Bosquejos Biográficos

para el uso de los

Establecimientos de Instrucción Pública

ESCRITOS POR

AURELIO HORTA,

Libro de texto en las escuelas del
Estado de Guanajuato.

2.^a EDICION.

LEON.—1888.

IMPRENTA DE J. VILLALPANDO,
Escuela de Artes.

AL PROGRESISTA

SR. GRAL.

D. Manuel Gonzalez

DECIDIDO PROTECTOR

DE LA INSTRUCCION PUBLICA

*Dedica este libro en señal de leal afecto
y profunda gratitud.*

El Autor.

Guanajuato, Mayo de 1888.

Esta obra es propiedad del autor.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CUAUTHEMOC.

En la Historia antigua de México se destaca una figura grandiosa y simpática: la del infortunado Cuauthemoc, último rey azteca y también el último heroico defensor de la Patria.

Era hijo de Ahuitzotzin, de la dinastía de los reyes de Tlaltelolco, y solo tenia 20 años cuando se hizo cargo del gobierno de México, por muerte de Citlahuatzin, hermano de Moctezuma, precisamente cuando Hernan Cortés venia á invadir nuevamente la capital á la cabeza de 200,000 hombres, en su mayor parte tlaxcaltecas, cholultecas y huezotzingas, dirigidos por Ixtlixochilt, príncipe de Texcoco que se alió al conquistador para perder á su país.

Con una prevision imponderable, con un valor digno de los héroes de Grecia y Roma, se preparó Cuauthemoc á defender la gran Tenoxtitlán de la invasion española, fortificando al efecto los lugares por donde creia más seguro el ataque, cortando las calzadas y formando una flotilla de canoas para pelear por agua y tierra. A la vez almacenó grandes cantidades de maíz y otros víveres, y estableciendo en Tlaltelolco su cuartel general, se dispuso á esperar el ataque.

Ochenta dias duró el sitio de México por las tropas de Cortés, y ocho meses la campaña que lo precedió. Millares de Mexicanos parecieron en los combates y sus cadáveres permanecian insepultos; los indígenas aliados del conquistador ayudaban al exterminio quemando casas y sacrificando á su furor niños y ancianos indefensos. Concluyeron los víveres, para hacer la situacion más espantosa todavia; y sin embargo, el heróico Cuauthemoc no cedió á la fuerza ni á las súplicas de Cortés; pues siempre á la cabeza de sus tropas se defendia contra los ataques formidables de la artilleria, rechazando á los españoles, que algunas veces penetraron al centro de la ciudad.

Viendo Cortés que su génio militar era inferior al del monarca mexicano, y cansado de infructuosos ataques, mandó que 50,000 indígenas traidores cegaran los canales para facilitar el asalto, y así lo practicaron demoliendo calles enteras. Despues de varios ataques terribles por agua y por tierra, fué invadida nuevamente la triste Mexitli, no por falta de valor en sus defensores, sino porque el hambre los tenia débiles y demacrados. Se calcula en 100,000 el número de hombres de ambos bandos muertos en esa campaña. Solo el gran Cuauthemoc no rindió las armas, pues siguió batiéndose dentro de una canoa, en la cual llevaba á su familia, hasta llegar á la laguna de Texcoco, en donde lo hizo prisionero García de Holguin. Llevado á la presencia de Cortés, no perdió su dignidad y su altivéz, y cuando éste le preguntó en dónde estaban los tesoros de la corona azteca, contestó que los habia arrojado á la laguna. Entonces pidió el

cruel Alderete, tesoroero del conquistador, que Cuauthemoc y el rey de Tlacopan fueran atormentados hasta arrancarles la confesion que se negaban á hacer.

Los infortunados monarcas, dignos de todo linage de consideraciones por su valor y su dignidad, fueron atados á unos postes de madera, y el verdugo les quemó los piés con aceite hirviente.

Como el rey de Tlacopan se quejase en aquellos terribles momentos de que no podia soportar las quemaduras, Cuauthemoc le contestó sonriendo: "¿Y acaso estoy yo en un lecho de rosas?" Respuesta digna de un espartano que los verdugos no supieron admirar.

Cuatro años permanecié cautivo el mártir de la Libertad, vigilado constantemente por los españoles, los cuales conociendo su valor y su audacia, temian que levantara en armas á los mexicanos. Hernan Cortés quiso librarse para siempre de Cuauthemoc, y cuando marchó á las Hibueras (América Central) á reducir al órden á Cristóbal de Olid que se habia sublevado, fingió repentinamente que Cuauthemoc y los reyes de Tacuba y Texcoco fraguaban una conspiracion, y los mandó ahorcar, el 25 de Febrero de 1525, en unos árboles de Ceyba que se encontraban en Izancanac, hoy Tabasco.

Así murió el inolvidable rey azteca, sin pedir clemencia, sin reconocer nunca como señores á los enemigos de su Patria.

Para perpetuar su recuerdo se inauguró el 13 de Agosto de 1869 en el paseo de la Viga, situado en la capital de la República, un sencillo monumento, una pequeña columna gris que tiene en su remate

el busto de Cuauthemoc y en uno de los lados una lápida con la siguiente inscripcion en español y azteca: "Al último monarca azteca, heróico en la defensa de la Patria, sublime en el martirio: el Ayuntamiento constitucional en 1869."

Tomad ejemplo, niños queridos, en la vida de ese gigante hombre, para que sacrifiqueis todo por vuestra Patria, en el remoto caso de que alguna nacion extranjera atente contra su Libertad é Independencia.

NETZAHUALCOYOLT.

Cuando dejó de existir Techotlalaltzin, 6.º rey chichimeca, debía sucederle en el trono de Texcoco el jóven príncipe Netzahualcoyolt, cuya sabiduría y bondad le habian conquistado el amor de sus súbditos; pero Maxtla, hombre ambicioso y cruel, le usurpó el trono y aun quiso asesinarlo en su propio palacio. Pudo Netzahualcoyolt salvar su vida y trasladándose á Tlaxcala buscó un seguro refugio en las montañas, habitando ya una cueva, ya un barranco, para burlar las pesquisas de sus enemigos. Solo durante la noche abandonaba el seguro asilo que le brindó el agreste bosque, para ir en busca del alimento que le ofrecian sus amigos y partidarios. A medida que trascurria el tiempo, iba aumentándose el ódio de Maxtla, el cual comprendia que tarde ó temprano seria arrojado del altó puesto que con tanta perfidia habia conseguido arrebatár á su legítimo dueño. Hizo entonces desesperados esfuerzos por conseguir la captura de Netzahualcoyolt, enviando gentes que lo buscasen y aun ofreciendo grandes recompensas á quien se lo entregara vivo ó muerto; pero con esto solo consiguió aumentar más y más el aborrecimiento que le tenia el pueblo texcocano, y que éste tomase ma-

yor empeño en ocultar y proteger al legítimo rey.

Causados al fin los chichimecas de verse oprimidos, resolvieron castigar el despotismo é insolencia de Maxtla, y al efecto se aliaron con los Estados comarcanos para arrojarlo del trono y restablecer la monarquía legítima. Netzahualcoyolt dió aliento á la empresa, y concurriendo al sitio fijado para la reunion de las tropas el día que señaló de antemano, comenzóse la campaña tenaz y sangrienta, que vino á concluir con la toma de Atzacapotzalco y la derrota, prision y muerte de Maxtla. La citada población fué arrasada por las tropas de Netzahualcoyolt, de órden suya, quedando destinada para mercado de esclavos.

Aun cuando el nuevo rey de Texcoco ocupó el trono inmediatamente, tardó algun tiempo en restablecer la paz, porque los señores de Acolman, Xochimilco y Texcoco, secuaces del finado Maxtla, se rebelaron desconociendo á Netzahualcoyolt. Entonces hubo que emprender una nueva campaña, hasta que las ciudades rebeldes quedaron sujetas. Netzahualcoyolt soltó las armas para tomar el cetro, y despues de afianzar el órden erigió la monarquía de Tacuba y se coronó con la mayor solemnidad rey de Texcoco. Su primer cuidado fué el de restituir á los nobles las tierras que Maxtla les confiscó.

Amado por sus súbditos, se dedicó á gobernarlos con sabiduría y dulzura, comenzando por formar ocho provincias tributarias é instituyendo una Corte Suprema de Justicia y tribunales foráneos que á ella estaban subordinados.

Ningun acontecimiento desagradable volvió á turbar la paz en la monarquía de Texcoco, y libre

ya de amenazas y sublevaciones, con la tranquilidad que dá una conciencia pura, se dedicó Netzahualcoyolt á gobernar sus dominios. Con su talento natural dictó leyes sábias y equitativas, sistemandó la recaudacion de tributos, y estableciendo un Tribunal de guerra y una Academia de ciencias. Amante de las mejoras materiales, construyó en Texcoco palacios magníficos, mandó abrir caminos, hacer la distribucion de aguas, y embellecer las provincias de su imperio.

La historia nos pinta á Netzahualcoyolt como un filósofo que alcanzó, cual Sócrates, el conocimiento de un Dios único, justo y clemente, al cual rendia adoracion encerrado en su palacio, sin ostentacion ninguna. Tenia horror por los sacrificios humanos y por los ritos bárbaros de su época.

Llorado por todos sus vasallos y por los reyes aliados, á quienes auxilió siempre con sus consejos y con su brazo, murió ese notable gobernante el año de 1470, sucediéndole su hijo Netzahualpili, el cual, inspirado en la conducta y sabiduría de su padre, reinó felizmente hasta su muerte.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

Al pié de la hermosa montaña de Amecameca y distante catorce leguas de la capital de la República, hay un pueblo pintoresco llamado San Miguel Nepantla. El fué la cuna de la notable poetisa Sor Juana Ines de la Cruz á quien llamaron sus contemporáneos la Décima Musa.

Fué el 12 de Noviembre de 1651 cuando vió la luz primera, y tuvo por padres á D. Pedro Manuel de Asbaje, nacido en Vergara (España,) y á la Sra. mexicana Doña Isabel Ramirez de Santillana; ambos poseian riqueza y ocupaban en la sociedad un puesto distinguido.

Era muy niña aún la ilustre monja, cuando dió á conocer su deseo de instruirse, cosa digna de llamar la atencion, tanto por su precocidad, cuanto porque esto sucedia en una época en la cual estaba la Nueva España civilizada á medias.

Ved con cuánta naturalidad y candor nos pinta la inspirada poetisa las alboradas de su talento:

„No habia cumplido los tres años de mi edad, cuando enviando mi madre á una hermana mia mayor que yo, á que se enseñase á leer en una de las que se llaman amigas, me llevó á mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban

lecciones, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, á mi parecer, á la maestra, la dije: *Que mi madre ordenaba me diese lección.* Ella no lo creyó, porque no era creíble, pero por complacer el donaire, me la dió. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia, y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabia cuando lo supo mi madre, á quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto, y yo callé creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden."

Llegó á tal extremo el deseo que Sor Juana tenía por atesorar los conocimientos humanos, que propuso á sus padres la vistiesen con traje de varón para poder adquirir en la Universidad de México, inscribiéndose como alumno, la ciencia que ardentemente ambicionaba.

Tanto suplicó y tan bien supieron sus padres dar curso á sus inclinaciones, que á la edad de ocho años la trasladaron á México, encomendando á un bachiller, llamado Martín de Oliva, que le enseñase el idioma latino, base indispensable, por aquel entonces, de todos los estudios científicos. Solo recibió 20 lecciones, y continuó estudiando sola hasta poseer perfectamente el idioma de Horacio.

En una de sus obras dice la célebre poetisa, hablando de su amor al estudio: "Que siendo así que en las mugeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el odorno natural del cabello, yo me cortaba cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba ántes é imponiéndome ley, de que si cuan-

do volviere á crecer hasta allí, no sabia tal ó cual cosa que me habia propuesto de aprender, en tanto que crecia, me lo habia de volver á cortar, en pena de la dureza. Sucedia así, que él crecia y yo no sabia lo propuesto, porque el pelo crecia aprisa y yo aprendia despacio, y con efecto, le cortaba en pena de la dureza; que no me parecia razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adornar." Tanto afán tuvo merecido galardón, pues la fama que logró alcanzar la notable escritora llegó á oídos del virey conde de Paredes, el cual para dar brillo á su corte y honor al talento, nombró á Sor Juana, dama de la vireina.

Dudando aun el noble marqués de Laguna que una mujer hubiese descollado sobre las otras, en aquella época en que las damas se entregaban únicamente á las prácticas religiosas, hizo que en su presencia exminaran á Sor Juana los hombres más sábios que habia en la capital de la Nueva España y todos confesaron que eran admirables la sabiduría y talento de la examinada, con lo cual adquirió ella mayor consideración y celebridad.

Viviendo en una corte cuyas costumbres licenciosas y frívolas estaban en contraposición con su carácter y con sus mas bellos ideales, y acaso llena de tristeza por un amor no comprendido y quizá burlado, despreció Sor Juana las pretensiones de los mas nobles cortesanos, y buscó en el silencio del claustro la felicidad que el ruido mundanal le vedaba. Firme en su propósito y á pesar de las súplicas y ruegos de sus amantes padres y del mismo virey y

su esposa, entró como novicia al convento de S. José, del cual salió más tarde para profesar en el de San Gerónimo, porque en el primero su delicada salud se vió quebrantada por la austeridad de la regla á que estaba sujeta. En este segundo asilo religioso se entregó la célebre poetisa al estudio de las ciencias sagradas y profanas y cultivo de la poesía, que era el mayor entretenimiento de su vida, sin desatender por esto las prácticas religiosas del convento. El producto de sus obras lo destinaba á socorrer á los pobres y con esto se duplicaba el placer que al escribirlas sentia; pero el obispo de Puebla, D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, cortó las alas de aquel génio y rompió las cuerdas de su lira, escribiéndole una carta en la cual aconsejaba á Sor Juana Ines de la Cruz que se ocupara más de las cosas del cielo que de los asuntos de la tierra, como si aquella alma pura y noble se envileciera cantando á su religion en dulces y sentidos versos, en vez de entonar antifonas en el coro ó de maltratarse el cuerpo con cilicios y disciplinas. Encadenada aquella inteligencia entre las negras paredes del claustro y sujeta la poetisa á la monotonía de la rutinaria vida monacal, bien pronto vino una profunda tristeza, á embargar el ánimo de la décima musa mexicana, y al fin sucumbió, el 17 de Abril de 1695, víctima de una peste asoladora que contagió á las monjas y que contrajo Sor Juana prodigando á sus hermanas tiernos y caritativos cuidados.

Contagiada Sor Juana por la literatura gongórica de su época se encuentran en sus obras ideas alambicadas, no poca trivialidad, sutilezas y abundan-

cia de retruécanos, pero en ellas descuella la agudeza de su ingenio y la vivacidad de su carácter.

Entre sus más notables composiciones poéticas, se ha considerado y citado siempre como una de las mejores, tanto por la nobleza del asunto cuanto por el mérito y armonía de los versos, la que escribió en defensa de la mujer y que comienza:

„Hombres nécios que acusais—á la mujer sin razon,—sin ver que sois la ocasion—de lo mismo que culpais.“

En el Museo Nacional se encuentra un buen retrato de Sor Juana Ines de la Cruz, pintado en su época, el cual estuvo ántes en el convento de San Gerónimo. En ese lienzo se admira la belleza de aquella célebre mujer y parece chispear en sus ojos la llama del génio que le conquistó la inmortalidad que merecidamente disfruta.

D- Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

Se ignora la fecha del nacimiento de este célebre poeta y autor dramático, cuya cuna se meció en Tasco, población que pertenece en la actualidad al Estado de Guerrero. Asegura un historiador que Alarcon recibió en la Universidad de México, en 1600, el grado de Doctor en leyes, partiendo para Madrid en 1606, para regresar á México en 1608 y retornar á España en 1611 con el virey D. Luis de Velasco. Por espacio de mucho tiempo estuvo luchando por lograr un empleo, hasta que en 1628 fué nombrado relator del Consejo de Indias, en cuya época dió á la estampa la primera parte de sus obras, dedicándolas á D. Felipe Ramiro de Guzman, duque de Medina de las Torres y miembro del mismo Consejo.

D. Juan Ruiz de Alarcon poseía un talento clarísimo y confesándolo decía Voltaire: que á nuestro compatriota le debían los franceses la primera comedia. Corneille, que tradujo la "Verdad sospechosa," una de las mejores comedias de Alarcon, repitió varias ocasiones que daría dos de sus mejo-

res obras por ella, pues era la que más le agradaba de cuanto había leído en el idioma de Cervantes. Como este hombre inmortal se vió esquivado por la fortuna, pues además de haber nacido corcobado, se lo echaban en cara, como si fuese un defecto adquirido, el satírico Quevedo, el licencioso Villamediana, el envidioso D. Juan Perez de Montalvan y otros poetas de aquel tiempo. Además, muchas de sus obras le fueron robadas por algunos editores avaros, los cuales las atribuían á aquellos autores que mayor crédito gozaban en el público. Corneille creyó haber imitado una obra de Lope de Vega leyendo una de Alarcon. En muchos de los personajes de sus comedias retrató nuestro famoso poeta, la franqueza, la vejez, la generosidad que le eran características y el horror profundo que sentía á la murmuración y á la mentira.

De sus muchas comedias, solo veinte son conocidas, considerándose como las mejores de ellas "La Verdad sospechosa," y la titulada "Las paredes oyen," que figuran en la colección selecta del antiguo teatro español, publicada en Paris por el filósofo Augusto Comte el año de 1854.

El ilustre literato español D. Juan Eugenio Hartzenbush, dice en una biografía que escribió de D. Juan Ruiz de Alarcon, lo que antes referimos de Corneille y de Voltaire, y agrega: "Mr. de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El Señor Adolfo Federico de Schak, á quien debe la Alemania dos volúmenes de piezas del teatro antiguo español traducidas, sostiene despues de hacer grandes elogios de Alarcon, que *no tiene comedia que*

no se distinga con ventaja. El Autor de "Edipo," el de la oda á la Beneficencia, el "Curioso Parlante" y el cantor de "Guzman el Bueno," han hecho de Alarcon grandes elogios. Los caracteres del maliciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo D. Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató Alarcon á sí propio, con su nombre, apellido y fealdad; la Doña Ines en el "Exámen de maridos;" "El tejedor de Segovia;" los protagonistas de "Ganar amigos;" "Los Favores del Mundo" y "El Dueño de las estrellas;" algunas de sus damas, como la Leonor de "Mudarse por mejorarse;" alguna criada como la Celia de "Las paredes oyen;" muchos criados, como Tello de "Todo es ventura," que es realmente el héroe; aquel "D. Domingo de D. Blas," por cuyo bienhechor egoismo se podia dar toda la virtud humanitaria de muchos; estos y otros personajes de Alarcon tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella, ni se parecen entre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heroicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sóbrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en la ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion, á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlos, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificacion y en la correccion del lenguaje."

Alarcon falleció en Madrid el 4 de Agosto de

1639, en la calle de las Urosas, sin dejar descendencia; pero sí un hombre en la literatura española y recuerdo eterno entre sus compatriotas, entre los cuales tiene el honor de contarse, como admirador suyo, el autor de este libro.

Ojalá que el actual Gobernador del Estado de Guerrero, tan progresista y tan amante del país en donde vió la luz, pudiera levantar algun dia una estatua á D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, en el lugar de su nacimiento.